

“ No, no es el Dios que la encendida chispa,  
 “ Destello de sus ojos, lanzó inmensa,  
 “ Por el espacio á iluminar los orbes,  
 “ En cuyos templos tu oración se eleva.

“ No, no es el Dios que al inocente niño  
 “ Amante arrulla y en su seno estrecha,  
 “ Y al anciano decrepito sostiene,  
 “ En cuyas aras el incienso quemas.

“ Tu culto es falso, mísero monarca,  
 “ E impuras son tus aras por sangrientas;  
 “ Mi culto es cierto, porque al Dios adoro  
 “ Que todo es paz, benignidad, clemencia.

“ Sobre tus aras hecatombes improbas  
 “ De víctimas humanas, se celebran:  
 “ Sobre las mias, la víctima es Dios mismo  
 “ Que á Dios se inmola en generosa ofrenda.

“ Todos misterios son, que del humano  
 “ No alcanza la mezquina inteligencia;  
 “ Mas te baste saber, que estas verdades  
 El Señor, por mi labio, te revela!”=

Dijo: y los nobles que al monarca guardan,  
 Se pasmaron de oír tanta elocuencia:  
 “ Dios le inspira,” dijeron; y sumisos  
 A culto tan sublime se rindieran,

Si amarga la memoria no tuviesen  
 De que hombres son, cuyas entrañas negras  
 Bajo su rostro angelical se esconden,  
 Cual bajo el lirio, la mortal culebra.

Moteuczoma replica: “ Son divinos,  
 “ Oh Malíntzin! tus ritos y creencias;  
 “ Pero me explica, por el Dios que adoras,  
 “ ¿Por qué este Dios que en el altar reprueba

“ El holocausto de la humana sangre  
 “ Te envió, en torrentes, á verter la nuestra?  
 “ Que á mis deidades que la sangre aplaca  
 “ Cautivos inmolemos de la guerra,

“ Qué mucho es? Pero que el tuyo, dulce,  
 “ Que es la fuente de bondad eterna,  
 “ Haya enviado á sus hijos á anunciarle  
 “ Con hechos que desmienten de su esencia;

“ Cómo es, Malíntzin? mi razon vacila,  
 “ Y descifrar no puedo estas rarezas;  
 “ Ni por qué, si sus iras se desatan,  
 Con el oro se calman ó se templan?”<sup>16</sup>

Aquí Cortés se inmuta; responderle  
 No le dejó de pronto la sorpresa.  
 Mas Olmedo, varon muy virtuoso,  
 Que siempre condenaba sus torpezas,



Ya en las expoliaciones injustísimas,  
 Ya en las matanzas ímporas, horrendas,  
 Ya en pretender las conversiones súbitas,  
 Creyendo así justificar aquellas,

Viendo atacar los atributos santos  
 Del que espiró en el Gólgota, defensa  
 Tornó á prestar al confundido hipócrita  
 Que expone así la fé con su imprudencia.

Y al neófito rey dió con dulzura  
 De su objecion terrible la respuesta;  
 Si no satisfactoria, porque nunca  
 Inspira Dios al que verdad no lleva,

(Y ciertamente pisa el Evangelio  
 El que va del delito en la carrera)  
 Al menos hábilmente combinada  
 A disipar la acusacion horrenda

Que resultaba al sacrosanto dogma,  
 Por militar gentusa tan proterva  
 Llevando de la cruz la santa imágen  
 Sobre su inmunda, criminal bandera!

Moteuczoma, tal vez que el sacerdote  
 Corriese el velo de su mente ciega;  
 Tal vez que á comprenderle mas á fondo  
 Quisiese dar la necesaria tregua,

Se dió por satisfecho, y puso término  
 A tan difícil ardua conferencia.  
 “Malíntzin,” dijo, “este palacio es tuyo:  
 Quédate, á Dios.”=Y con gentil nobleza

Alzó la frente, y con aplomo puso  
 Las plantas imperiales en la excelsa  
 Grada de oro de las altas andas,  
 Donde jóvenes ínclitos le llevan

Sobre sus altos hombros, al palacio  
 De su asilo imperial, cuyas almenas  
 Al lado opuesto del Mexitl se alzaban,  
 Del de Cortés, en línea paralela.

---

Al despuntar la subsecuente aurora,  
 A los mimados huéspedes despierta  
 El eco dulce de instrumentos músicos,  
 Que un dia anuncian de placer y fiesta.

En el átrio vastísimo del templo  
 La multitud bien pronto se aglomera:  
 Brillan las joyas por doquier; las plumas  
 De los penachos, por doquier ondean.



Aquí un grupo de bélicos donceles  
Habla del salto y la veloz carrera,  
O de clavar al centro de una poma,  
A ochenta pasos, la silbante flecha.

Allí otro grupo de nervudos hombres,  
Ennoblecidos en accion de guerra,  
Habla de los cordones de su pelo,  
Que las batallas do venció numeran.

O bien del modo de esgrimir la clava,  
De embrazar el escudo ó la rodela,  
Mostrando así, tal vez sin pretenderlo,  
Una gentil constitucion de atleta.

Mas allá, en órden numerosas filas  
De gente armada, en arreglar se empeña  
Evoluciones simultáneas: que hacen  
Por lo vistoso de las plumas bellas,

De antemano al intento combinadas,  
(Cada soldado la gentil cimera  
Con un solo color) ó ya florones  
O entretegidos óvalos y ruedas,

O concéntricos círculos, que luego  
Una línea dibujan de una pieza,  
Y en espiral deslízanse destrísimos  
Rápida haciendo la vistosa vuelta. <sup>17</sup>

Mas ya los himnos que la glorias cantan  
Del actual emperador, resuenan,  
Mezclándose al vibrante resonido  
Del atambor y pífanos aztecas.

Y con efecto, del palacio sale,  
Entre nubes de gomas que se queman  
En pebeteros áureos, do el esmalte  
Brilla entre el fuego de las ricas piedras,

El degradado emperador, que quiere  
Con tanto lujo simular. . . . torpeza!  
El infame papel que ante su pueblo  
Y ante el mismo extranjero representa.

Viene á su lado el bravo Cuitlahuáztin,  
Gloria, sosten y orgullo del azteca,  
De Iztapalapan rey, y del imperio  
El gefe de las armas. Sus proezas,

Ante y despues de la fatal conquista,  
Letras de oro marcarán impresas:  
En esta vez su pálido semblante  
Intimas cuitas y furor revelan.

Cuahutimóztin con él viene: tan solo  
Engalanado de plumaje y perlas;  
Que siendo verde aquel, desde el penacho  
Al coturno, le dan á su presencia



Un no sé qué de interesante y triste....  
Se hace tambien notar, porque en su diestra,  
Con aire de altivez, el peso enorme  
De una clava fortísima sustenta:

Y porque en su semblanza se disputan  
El odio y los pesares, sus secretas  
Y fuertes conmociones dar á plaza,  
Tendiendo un velo á su gentil belleza.

Su fiel amigo, el tierno Cacamátzin,  
Habla con él palabras inconexas,  
Que entienden ambos, porque acaso enántes  
Tuvieron misteriosa conferencia.

Cortés sale al encuentro del monarca,  
Y éste al mirarle, de la grada excelsa  
De las andas descende, y en el átrio  
Ambos á dos bajo el dosel se sientan.

Los príncipes un círculo truncado  
Forman en torno; siguen las princesas;  
Cuahutimótzin entre ellos, cual la palma  
Es, y Tecuichpo, cual la rosa entre ellas.

“Malintzin,” dijo Motenczoma, “quise  
Que presenciases hoy las competencias  
En los juegos guerreros, y esto solo  
Ha motivado la solemne fiesta.

“Y te senté á mi lado, porque el pueblo  
“La grande estima en que te tengo vea.  
“Tú el juez serás en el certámen bélico,  
Ciñendo el lauro al que en las lides venza.”

Dijo, y moviendo el cetro de diamantes  
Hace al heraldo la imperiosa seña;  
El cual, un cuerno encasquillado en oro  
Lleva á sus labios, que vibrante suena.

Y en el instante un jóven de alta talla,  
Intrépido se pone á la palestra:  
El terrible Orozimbo es el primero  
Que á disputarle el lauro se presenta:

Despues de un intervalo de silencio  
Muy prolongado, en que quedó á la escena,  
Sin que alguien se atreviese ni á fijarse  
En el hercúleo, vigoroso atleta.=

Alzan las mazas por el aire, chocan,  
Y el átrio extenso con el ruido atruenan:  
Vuelven á alzarlas, y otra vez parados  
Entrambos golpes, claman “¡oh torpeza!”

Entonces de las mazas se descartan  
Y emprenden una lucha, do la fuerza  
Y la astucia redoblan sus vigores,  
Hasta que vence el colosal atleta.



Zilicátzin entonces con enfado  
Se lanza al vencedor: éste le estrecha,  
Y le ahogara en sus brazos musculosos,  
Si el Zilicátzin fuerte aquel no fuera.

El tiempo pasa, y ambos combatientes  
Con brio igual sostienen la pelea.  
Pasan dos horas; y tan largo término  
Da Zilicátzin con el otro en tierra.

Un grito de entusiasmo se dilata  
Allá de un lado al otro, en la barrera:  
La plataforma pisa Zilicátzin  
Como estatua de bronce. Nadie queda

Que pudiese arrancarle la victoria,  
Y á recibir el lauro al trono vuela.  
=Mas el esbelto jóven Cuahutimótzin  
El manto arroja, empuña la tremenda

Nudosa clava, y al invicto héroe  
(Como el leon se lanza hácia la presa,  
Se precipita despechado; vuelo  
Dando á su alma que su cuerpo estrecha:

Como si el vasto espíritu quisiese  
Dejar el yugo de la vil materia!  
Cortés interpretó la accion osada  
Como la accion de un débil, altanera.

Mas cuando ve que el ponderoso tronco  
Fácil agita su fornida diestra,  
De modo que al temible Zilicátzin  
Apenas da lugar á la defensa,

Muda la faz, anúblase, y al jóven,  
A quien ya odiaba por instinto, ordena,  
Como juez del certámen, que le otorgue  
A Zilicátzin competente tregua.

El jóven, confesando la justicia,  
Guarda silencio; y aun allá se alegra  
En su interior, de que el vigor del brazo  
No pueda atribuirse á la sorpresa.



En tanto de los bailes vistosísimos  
Los concéntricos círculos se aprestan:  
Danzas de combatientes que repiten  
Los compases chocando en la rodela

Del supuesto adversario, con la espada,  
Diestro parando el golpe que le asesta,  
Sorprendiendo la vista y los oidos  
Tan ingeniosa, original contienda.



Siguen los equilibrios, en que alzados  
En línea vertical tres hombres quedan;  
Las plantas del segundo y del tercero,  
Del primero y segundo en las cabezas. <sup>18</sup>

Y por fin el certámen, donde debe  
Darse el laurel, al que con nueve flechas,  
Una en pos de otra, en la distante tabla  
Marque los picos de pintada estrella.=

Al concluir tan bellos ejercicios  
De gusto, ingenio y singular destreza,  
El hercúleo gigante Zilicáztin,  
Con planta firme y noble la presencia,

Asciende de la vasta plataforma  
La tendida, magnífica escalera.  
El príncipe despues, la frente alzando  
Hacia el zafir de la brillante esfera,

Tambien la sube, magestad augusta  
Siempre mostrando en medio la tristeza.  
Las jóvenes, que ignoran de su pecho  
Las íntimas borrascas, las secretas

Abrasadoras llamas que consumen  
Su alma de ángel que la faz revela,  
Se estremecen, temiendo que su brío  
Y su beldad, no iguallen á su fuerza.

Tecuichpo sin poder de tal afecto  
Darse á sí misma suficiente cuenta,  
Al verle tan esbelto, con el aire  
De algo mas que humana gentileza,

Tembló tambien: y con angustia puso  
Entre ambas manos la su frente tersa:  
Mas recordóse luego sus deberes,  
Y la afeccion disimuló discreta.

Y á sí misma engañándose, insensata!  
*Tan solo por mirar* no pestaña,  
Si es vencedor el jóven magestoso,  
O es el membrudo, colosal atleta.

= En tanto los terribles combatientes  
Lentos se avanzan á la lucha fiera:  
Las clavas enarbolan, y ambos golpes  
Que son parados por la fuerte diestra,

Con el ruido del choque simultáneo  
Infunden pasmo á todas las bellezas:  
Pues repitióle el eco por dos veces  
Y otras dos veces retembló la tierra.

Vuelven á enarbolarlas: y, ó infortunio!  
La clava va á caer en la cabeza  
Del jóven animoso!... pero raudo  
Como fulgente, eléctrica centella,



La para: y léjos de la fuerte mano  
Que la empuñaba, por el aire vuela.  
Corrido Zilicátzin, al cuchillo  
De filosa obsidiana el puño lleva:

Cuahutimótzin, la clava ponderosa  
Abandonando con igual presteza,  
Hácia él se lanza: entre las manos de ambos  
Las láminas cortantes se ensangrentan:

El arma, en fin, arranca Cuahutimótzin  
Del formidable puño que la aferra;  
Al mismo tiempo que el nervudo cuello  
Del adversario oprime su siniestra,

E iba á cortarle, al dar con el pesado  
Cuerpo de Zilicátzin en la tierra....  
Cuando con dulce, enternecido acento,  
“Zilicátzin, levanta, eres azteca!”....

Dijo: y sonó en los ángulos del atrio  
De pasmo un grito, al ver tanta fineza,  
Tanto valor y patriotismo tanto,  
Al lado de hermosura tan esbelta.

Solo Cortés, y algunos españoles  
Que oír pudieron la expresion postrera,  
Permanecieron mudos, cual si viesen  
Un rayo dirigido á sus cabezas.

Disimulando, empero, al jóven llama:  
Y fuese que el esfuerzo le enagena  
Porque es tambien osado; ó mas bien fuese  
Por embotar el patriotismo á aquella

Alma fogosa (á sus intentos pérfidos,  
Cuanto mas esforzada, mas funesta)  
Su espada misma desprendió del cinto  
Y al jóven vencedor se la presenta:

Cuidando de advertir, *que de su afecto*  
*Es una leve, cariñosa prenda.* =  
Por su parte el monarca, una armadura  
Con escamas de oro, plata y piedras,

Fulgurando una piedra en cada escama, <sup>19</sup>  
Le regaló tambien; y á las princesas  
Le presentó en seguida, prodigando  
El encomio mas alto á sus proezas.

.....  
¡Cuán violentos algunos corazones  
Palpitaron de amor en tal escena!....  
Empero el jóven, la semblanza siempre  
Llevaba fría, triste, macilenta.

.....  
Amor, amor! tus férvidos placeres  
Mas dulces son que el deleitoso néctar!....  
Pero tu mismo cáliz, cuántas veces!....  
Cuántas y cuántas en acíbar truecas!....



Mas ya del sol un rayo postrimero,  
 Con su pálida luz amarillenta,  
 Las altas torres del Mexitl erguidas,  
 Ráfaga débil, ilumina apénas.

Y las luces del día, en el Anáhuac  
 Siempre brillante y límpido, relevan  
 Luces artificiales que coronan  
 Torres y templos, pórticos y almenas.

En tanto Moteuczoma, por la mano  
 Al héroe conduciendo, se le entrega  
 A la entusiasta multitud, que en triunfo  
 Sobre andas de oro le sustenta.

Y al lado del monarca le conduce  
 Entre antorchas, plumajes y banderas,  
 Y músicas, y flores, y perfumes....  
 Incienso é himnos, regocijo y fiestas.



## CANTO V.

¡Oh, y cómo la natura es esplendente  
 Con su dosel cerúleo, recamado  
 De vívidos planetas fulgurantes  
 Y de florones nítidos de astros!

O bien bajo los ricos pabellones  
 De oro y gualda, ópalo y topacio,  
 Descogidos sus pliegues anchurosos  
 En el confin del orto y del ocaso.

Febo aparece: y la natura entonces  
 Mas hermosa es aún. Lanza su carro  
 De fuego, envuelto en ráfagas, y llamas,  
 Y reverberos y purpúreos lampos,

Y al través de la bóveda diáfana  
 Se le ve suspendido en el espacio,  
 La frente entre los ígneos resplandores  
 De luminosos, abrasantes rayos.

Natura enamorada, al contemplarle,  
 Abre su seno, y el fecundo grano  
 Brota del limo; tiñe de esmeralda  
 La vasta alfombra del inmenso campo;